

NEW LEFT REVIEW 85

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2014

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	¿Nuevas masas?	5
ANDRÉ SINGER	Rebelión en Brasil	18
PERRY ANDERSON	<i>Antagonista</i>	38
TOR KREVER	Juzgar a la Corte Penal Internacional	68
TERI REYNOLDS	Despachos desde Dar	103

ENTREVISTA

THOMAS PIKETTY	La dinámica de la desigualdad	107
----------------	-------------------------------	-----

ARTÍCULOS

JOSH BERSON	La reprogramación de la quinua	122
-------------	--------------------------------	-----

CRÍTICA

MARCUS VERHAGEN	Participativo pasado	140
WILLIAM DAVIES	La economía del insomnio	148
DYLAN RILEY	Cuestiones sureñas	154

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



CRÍTICA

Ira Katznelson, *Fear Itself: The New Deal and the Origins of Our Time*, Nueva York, Liveright, 2013, 706 pp.

DYLAN RILEY

CUESTIONES SUREÑAS

¿Hay algo nuevo que decir acerca del *New Deal*? Como observa Ira Katznelson al comienzo de *Fear Itself: The New Deal and the Origins of Our Time*, «poseemos cientos de historias temáticas, incontables estudios sobre asuntos públicos y abundantes biografías de personas clave durante esta época de gran densidad histórica»; por lo tanto «¿por qué presentar otro retrato?», pregunta. Parte de la respuesta radica en un resurgimiento del interés por la década de 1930 en Estados Unidos, en especial entre estudiosos liberales de izquierdas que, en busca de lecciones de la era de la depresión aplicables al presente, se sienten constantemente tentados a hacer comparaciones entre Obama y Roosevelt (normalmente poco halagüeñas para el primero). El propio Katznelson encuentra justificación en una fuente más refinada, y cita el ensayo sobre Venecia escrito en 1882 por Henry James: aunque la ciudad ha sido «pintada y descrita muchos miles de veces», escribía James, «no está prohibido hablar de cosas conocidas» cuando un escritor «está enamorado de su tema».

La admiración de Katznelson por el *New Deal* es obvia: en una primera parte cargada de referencias a Tocqueville, el autor sitúa los logros de la época «a la par que los de la Revolución Francesa», y lo describe «no solo como un importante acontecimiento en la historia de Estados Unidos, sino el terreno de pruebas más importante del siglo xx para la democracia representativa en una era de política de masas». En su opinión, el Gobierno de Roosevelt «reconsideró y reconstruyó el viejo orden político del país» y en

el intento «consiguió definir y garantizar la democracia liberal». También insiste, sin embargo, en que «la estima por el *New Deal* debería paradójicamente llamar la atención sobre sus más profundas imperfecciones». *Fear Itself* intenta arrojar luz sobre el periodo prestando atención a la ansiedad y la incertidumbre que lo invadieron y, en especial, a la estrecha relación entre las reformas de Roosevelt y el orden social racista de los estados sureños.

Profesor de ciencias políticas en Columbia y director del Social Science Research Council, Katznelson está bien situado para realizar el que probablemente se convierta en el nuevo estudio clásico sobre el periodo. Formado en la década de 1960 en la misma institución en la que ahora enseña, Katznelson estuvo expuesto tanto a las declaraciones intelectuales más convincentes del liberalismo de la Guerra Fría —Richard Hofstadter y David Truman se encontraban entre sus profesores, y él recuerda que le influyeron profundamente las clases de Hannah Arendt en la New School— como a las de la nueva izquierda estadounidense: C. Wright Mills tuvo un impacto especialmente fuerte. En la confluencia de estas corrientes intelectuales tan distintas, Katznelson ha trabajado enormemente en dos áreas principales: sobre el movimiento obrero estadounidense y sobre teoría política. Su obra en estos campos ha evolucionado en tres fases: un ciclo inicial de textos sobre la formación de clases, en íntima conversación con el marxismo, seguido por un trabajo ampliamente dedicado a la teoría política liberal, y un conjunto más reciente de escritos dedicado al *New Deal*, que en aspectos importantes integra los intereses de las primeras dos fases. Katznelson comenzó a ganar renombre con un libro de 1981 titulado *City Trenches*, que proporcionaba una respuesta original a la perenne pregunta de «¿Por qué no ha prosperado el socialismo en Estados Unidos?». Evitando explicaciones basadas en la prosperidad generalizada, como la de Sombart, o en reivindicaciones de especificidad cultural, se centró en la separación espacial entre el trabajo y la residencia en Estados Unidos. De acuerdo con esta teoría, la clave para la formación específica de la clase obrera estadounidense fue que la conciencia de clase quedó restringida al lugar de trabajo. Katznelson prosiguió este análisis en 1992 con *Marxism and the City*, un examen apreciativo pero crítico de los estudios urbanos marxistas, desde Engels a Harvey, pasando por Lefebvre.

A mediados de la década de 1990, influido por el hundimiento del comunismo en Europa del Este, el alcance de su obra se había ampliado, y Katznelson pareció girar muy drásticamente hacia la derecha. *Liberalism's Crooked Circle: Letters to Adam Michnik* (1996) compartía por completo el espejismo común en aquel momento de que la caída del bloque soviético permitiría robustecer el liberalismo estadounidense. *Desolation and Enlightenment: Political Knowledge after Total War, Totalitarianism and the Holocaust* (2003) era un retrato grupal admirativo de Hannah Arendt, Robert

Dahl, Richard Hofstadter, Harold Laswell, Karl Polanyi y David Truman, todos agrupados bajo el encabezamiento de «ilustración de los estudios políticos». En la fase más reciente de su trabajo, que comenzó con *When Affirmative Action Was White* (2005) y podría considerarse que culmina con *Fear Itself*, Katznelson presta especial atención a la influencia decisiva del Sur en el naciente Estado del bienestar estadounidense. Esta última obra, sin embargo, rompe casi por completo con la apertura intelectual y la argumentación original que caracterizaba las mejores obras anteriores de Katznelson. Lo que este libro ofrece es, de hecho, una celebración altamente politizada del *New Deal* y los comienzos de la Guerra Fría, basada en problemáticas afirmaciones históricas.

Fear Itself recalca una y otra vez un argumento muy importante: muestra de manera extremadamente clara que, lejos de ser una mosca en la sopa socialdemócrata del *New Deal*, los políticos sureños constituyeron una parte central de la coalición que lo apoyaba, y modelaron activamente su agenda. En ese sentido, Katznelson ofrece un refrescante correctivo a la nostalgia generalizada por los años de Roosevelt entre los autoproclamados «progresistas» (un término que el libro ayuda también mucho a desmitificar) estadounidenses. Pero aunque socava algunos mitos, también contribuye a otros. En sus 700 páginas, Katznelson insiste una y otra vez en la conexión histórica entre la preservación del Sur regido por el sistema de Jim Crow en la década de 1930 y la relativa estabilidad de las instituciones políticas estadounidenses durante la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial y después de esta. Su principal tesis es que la alianza política establecida entre el Gobierno de Roosevelt y los demócratas segregacionistas sureños fue una condición para la supervivencia de la democracia estadounidense propiamente dicha en las décadas de 1930 y 1940 y en los primeros años de la de 1950. «Si hay una lección —escribe—, no es de juicio retrospectivo, como si entonces existiese la posibilidad de rescatar la democracia liberal y simultáneamente defender la justicia racial». Por el contrario, «la democracia liberal prosperó *como resultado* [la cursiva es mía] de una avenencia con la humillación racial y su sistema de exclusión legal y terror por principio. Cada una constituyó la otra como “la doble naturaleza unida de cuerpo y alma” en el *Fausto* de Goethe». En resumen, la alianza con el Sur de Jim Crow fue, como señala el título del último capítulo del libro, «el precio de la democracia».

La explicación de Katznelson difiere en varios aspectos fundamentales de anteriores estudios históricos sobre el *New Deal*: textos clásicos como *The Age of Roosevelt*, una historia en tres volúmenes publicada entre 1957 y 1960 por Arthur Schlesinger Jr., por ejemplo, o *Franklin D. Roosevelt and the New Deal* (1963), de William Leuchtenburg. En primer lugar, en su periodización, que abarca, más allá del habitual límite final de 1945, toda la presidencia de Truman y el comienzo de la de Eisenhower. Otro es la insistencia de

Katznelson en situar los acontecimientos estadounidenses en un contexto mundial, por considerar que los anteriores estudiosos habían sido «demasiado provincianos y demasiado limitados». Quizá el rasgo más distintivo de *Fear Itself* sea, sin embargo –como sugeriría el título–, el constante hincapié en un clima de creciente ansiedad que, afirma él, se extendió por Estados Unidos a partir de la década de 1930. Katznelson sostiene que el *New Deal* fue, de hecho, producto del temor, un estado psicológico resultante de la «incomensurable incertidumbre» causada por «el hundimiento económico, la guerra total, el genocidio, las armas atómicas y los posteriores enfrentamientos con el comunismo». Sin guías fiables sobre cómo responder a tales retos, los líderes políticos del momento intentaron convertir la «incertidumbre» ilimitada en «riesgo mensurable», y con ese fin estuvieron dispuestos a considerar «un repertorio muy amplio de políticas». La creatividad institucional y legislativa del *New Deal* fue resultado de este impulso básicamente conservador: un intento de mantener el orden social existente, no de transformarlo. Katznelson detecta tres temores principales que sustentan su relato: en primer lugar, el miedo a que, en la coyuntura de la década de 1930, «las principales democracias liberales del planeta no pudieran competir adecuadamente con las dictaduras»; segundo, el producido por «el crecimiento exponencial del armamento existente», que culminó después de 1945 en la amenaza atómica; y tercero, la estructura racial del Sur, «fuente de preocupación tanto para sus defensores como para sus adversarios».

El libro está organizado en cuatro partes. La primera, «La lucha contra el miedo», sitúa la escena sosteniendo que la década de 1930 debería considerarse un periodo de «competencia» entre «las democracias constitucionales de Europa y Norteamérica» y «una amplia variedad de alternativas autoritarias». Katznelson muestra que en aquel momento los Estados copiaban con frecuencia las políticas entre sí. Uno de los fragmentos más asombrosos de esta parte relata que el Gobierno de Roosevelt envió en 1937 una delegación a la Italia fascista «para estudiar cómo había organizado el gobierno de Benito Mussolini la Administración del fascismo»; el Comité Brownlow «utilizó entonces sus conclusiones para hacer extensas recomendaciones sobre cómo reorganizar la Administración nacional estadounidense». Katznelson evoca además el temperamento antiliberal de la época mediante esbozos de tres figuras: el piloto italiano y notorio *squadrista* Italo Balbo, el juez soviético en el tribunal de Núremberg Iona Nikitchenko, y el senador demócrata por Mississipi y «orgulloso miembro del Ku Klux Klan» Theodore Bilbo», todos catalogados como «servidores de un régimen autoritario»; una yuxtaposición sorprendente que, como veremos, persigue un objetivo decididamente ideológico.

La segunda parte –y podría decirse que la más convincente–, «La jaula sureña», se centra en la especificidad de la antigua Confederación y su crucial participación en la historia legislativa de la década de 1930. Bien entrado

el siglo xx, sostiene Katznelson, un tercio del territorio estadounidense aún languidecía bajo un régimen agrario precapitalista y brutalmente reaccionario, cuya elite dirigente estaba profundamente atrincherada en el Estado federal. Todavía en 1938, la renta media del Sur ascendía a poco más de la mitad de la del país en su conjunto, la pelagra y la malaria campaban por sus respetos, y apenas el 3 por 100 de las casas del Sur tenía baño con agua corriente. Para Katznelson, estos rasgos singulares estaban en último término relacionados con la raza. El sistema político de un solo partido estaba diseñado para reproducir la supremacía racial blanca: las estrictas restricciones al sufragio negro ayudaron a garantizar que la región enviase demócratas al Senado y a la Cámara de Representantes prácticamente sin oposición durante décadas. La pobreza y el atraso del Sur –increíblemente documentados en un informe gubernamental de 1938– eran también en gran medida producto de su «orden racial». El linchamiento, «el medio menos civilizado que el Sur blanco usaba para proteger su hegemonía racial», seguía siendo generalizado, como Katznelson subraya convincentemente: entre 1900 y 1930 se produjeron 2.000 linchamientos en el Sur, y en 1933, primer año del *New Deal*, otros 28, incluido el brutal asesinato de Lloyd Warner, quemado vivo ante una multitud en Maryland.

El ardiente apoyo a las leyes segregacionistas del sistema Jim Crow se combinaba a menudo con la exigencia de gobierno activista. Una de las primeras manifestaciones de ello fue la presidencia de Woodrow Wilson, un demócrata progresista que respaldó la expansión de la capacidad reguladora del Estado estadounidense al mismo tiempo que apoyaba sin reservas la legislación de Jim Crow; es bien sabido que Wilson proyectó *El nacimiento de una nación* en la Casa Blanca, e hizo eliminar del Tratado de Versalles los términos que condenaban la desigualdad racial. Dichas afiliaciones eran compartidas por un grupo más amplio de progresistas sureños. En la década de 1920, fue la alianza entre «progresistas republicanos occidentales» y demócratas sureños la que permitió aprobar la legislación tributaria progresista y la Ley de Protección de la Maternidad y la Infancia de 1921, y este eje siguió siendo una fuerza política crucial en el propio *New Deal*. El Gobierno de Roosevelt se aprovechó al máximo de este grupo: por ejemplo, el extravagante racista Theodor Bilbo fue un firme defensor del *New Deal*. En dos llamativas gráficas, Katznelson muestra la suavización, aunque no la desaparición, del alineamiento partidista y la conversión de los demócratas sureños en un voto oscilante en el Congreso entre 1933 y 1952. Las pruebas documentan claramente la evolución del patrón de relaciones entre los congresistas sureños y el Gobierno de Roosevelt: apoyo sólido en 1933-1936 que derivó en creciente oposición al presidente en el segundo y tercer mandatos.

En la tercera parte, «Emergencia», Katznelson presenta un análisis del periodo del *New Deal* entendido convencionalmente, de 1933 a 1945. La idea

central de su argumento es que el apoyo sureño en sus dos primeros años posibilitó el impulso radical al inicio del *New Deal*, plasmado en la Ley de Recuperación Nacional. La oleada de organización sindical que siguió a la Ley Wagner de 1935, sin embargo, llevó finalmente al bloque legislativo del Sur a alejarse de Roosevelt, por la amenaza que los sindicatos planteaban para el sistema segregacionista. En opinión de Katznelson, la segunda fase de radicalismo no empezó hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando retomó las ambiciones de planificación del primer *New Deal*, como una sopa de letras de poderosos y nuevos organismos gubernamentales: la Oficina de Producción para la Guerra (WPB), la Oficina de Administración de Precios (OPA), la Corporación de Fábricas de Defensa (DPC), etcétera. Al final de la guerra, afirma Katznelson, «el Gobierno federal poseía el 40 por 100 de los activos de capital del país».

La última parte del libro es en ciertos aspectos la más inusual. Cronológicamente, retrocede a la década de 1940 para esbozar los antecedentes de la Ley Taft-Hartley de 1947, que anuló de hecho la Ley Wagner. Pero Katznelson también amplía su análisis hacia delante, hasta comienzos de la década de 1950, para explicar la evolución del Estado de Seguridad Nacional. Sostiene, en primer lugar, que la Ley Taft-Hartley produjo un patrón de política interior caracterizado por dos rasgos: por una parte, la intervención estatal en la economía quedó restringida exclusivamente a la gestión macroeconómica keynesiana, mientras que los proyectos corporativistas fueron definitivamente marginados; por otro, los trabajadores se convirtieron en un grupo de interés y no en una clase. Esta configuración, de acuerdo con Katznelson, es mejor entenderla como un «pluralismo de grupos de interés», la gelatinosa escena política interior celebrada por estudiosos como David Truman. Pero durante el mismo periodo, sostiene Katznelson, emergió junto a esta orientación interna «procedimental» otro rostro de Estados Unidos: «Un Estado cruzado que haría campaña –prácticamente sin límites– a favor de la democracia liberal». Institucionalmente, este Estado que miraba al exterior se localizaba en una nueva serie de secciones del ejecutivo emergidas a finales de la década de 1940 y comienzos de la de 1950: el Departamento de Defensa, la CIA, el Mando Aéreo Estratégico (SAC), y la Comisión de la Energía Atómica (AEC). Ideológicamente, se mantenía unido por un contraste retórico entre «libertad» y «esclavitud» esbozado en el Informe 68 del Consejo de Seguridad Nacional.

Katznelson sostiene que los legisladores sureños modelaron la aparición del «pluralismo de grupos de interés» domésticos, mediante el apoyo a la Ley Taft-Hartley y la construcción de un Estado cruzado orientado al exterior con el respaldo a la legislación que establecía el aparato de seguridad nacional. El Sur fue, por lo tanto, crucial para crear un Estado que fundía la legitimidad democrática con la inflexibilidad geopolítica: una feliz combinación de fuerza y

consentimiento. En palabras tuyas, «sin bases exteriores, el país no habría tenido el tiempo o la libertad de proteger sus prácticas constitucionales y solucionar sus acuciantes problemas mediante instituciones y normas democráticas». De igual modo, «sin su orden político representativo, la fuerza planetaria estadounidense no podría haber conseguido la necesaria suspensión de la incredulidad popular». En resumen, fue el Sur el que proporcionó la columna vertebral necesaria para proteger la democracia estadounidense en una época de problemas, además de sentar las bases para su sistema político pluralista.

Este es el argumento de *Fear Itself*. ¿Cómo deberíamos evaluarlo? Quizá habría que empezar por la idea central del libro, el miedo. La resonante expresión del título deriva, por supuesto, del discurso de toma de posesión pronunciado por Roosevelt en 1933, pero la idea de una ansiedad generalizada es un tema recurrente en los estudios históricos sobre el periodo: Leuchtenburg se refería a un «invierno de desesperación» que atenazaba al país, mientras que Schlesinger evocaba de diversos modos un «contagio del miedo», «una niebla de desesperación», etcétera. De acuerdo con Katznelson, sin embargo, «en estos y en otros muchos estudios históricos estimables, el miedo y la incertidumbre desaparecen demasiado pronto». En un paso quizá influido por su maestro Richard Hofstadter —autor, después de todo, de *The Paranoid Style in American Politics*—, Katznelson intenta devolverles una influencia predominante en el periodo. El miedo es, por supuesto, una actitud subjetiva, no relacionada necesariamente con las circunstancias históricas reales. Las amenazas, por otro lado, hacen por lo general referencia a circunstancias que pueden o no provocar miedo a las partes correspondientes. Katznelson nunca parece registrar plenamente esta distinción básica, omitiendo constantemente los dos, como en la siguiente formulación:

Enfrentado a la desolación, el *New Deal* procedió en un ambiente lleno de angustia. En dicho mundo, los rasgos más constantes de la vida política estadounidense amenazaban constantemente con volverse inestables, demenciales incluso. La capacidad de los dirigentes para afrontar terribles amenazas económicas, ideológicas y militares nunca parecía del todo segura.

Este encuadramiento produce serios problemas analíticos, porque desconecta el miedo de las circunstancias históricas determinantes. Katznelson no ofrece un análisis sistemático de quiénes tenían miedo, de qué lo tenían o en qué medida sus temores estaban justificados de hecho. Asume, por el contrario, el miedo como una cualidad etérea, especificada diversamente como «un contexto [...] para las ideas y la acción», una «presencia [...] generalizada», «una sensación constante», un «ámbito». Dicha vaguedad conceptual provoca necesariamente confusión, como, por ejemplo, cuando Katznelson trata los temores de los negros sureños y los de los legisladores segregacionistas partidarios de Jim Crow como algo analíticamente equivalente, al

escribir que «la estructura racial del Sur generó el tercer miedo generalizado de la época, una fuente de preocupación tanto para sus defensores como para sus adversarios».

Esta indeterminación no es accidental. Borrar los límites entre el miedo y la amenaza le sirve a Katznelson para apuntalar dos argumentos históricos muy cuestionables. Como hemos visto, *Fear Itself* afirma que en las décadas de 1930 y 1940 los dirigentes políticos estadounidenses se enfrentaron a un conjunto de amenazas internacionales e internas contra la democracia liberal que solo podían afrontarse eliminando la igualmente grave amenaza contra la supremacía blanca en el Sur. La justicia racial fue sacrificada ante el objetivo más elevado de proteger la constitución, mediante la construcción del bipolar Estado «procedimental» o «baluarte». ¿En qué medida justifican los hechos históricos estas afirmaciones? Katznelson debe demostrar como mínimo que se trataba de amenazas reales contra la democracia liberal y contra el orden racista del Sur.

El tema de una amenaza autoritaria es una constante en el libro de Katznelson. Estados Unidos en 1933 «se enfrentaba a un cielo nocturno iluminado por la barbarie»; durante una década, el país poseía, en apariencia, «muchas de las mismas características que pronto Hannah Arendt asociaría con el totalitarismo»; Roosevelt se vio «enfrentado» a las «dictaduras» tan pronto como asumió el poder. Para Katznelson, el Estados Unidos del *New Deal* era una democracia asediada, y fue «el Sur el que ayudó al país a responder a los sarcasmos dictatoriales de que las democracias liberales eran incapaces de restaurar un capitalismo eficaz o gestionar el conflicto de clase». Quizá la primera alegación que hacer es que la elite política estadounidense no parecía contemplar la situación en estos términos. Como el propio análisis de Katznelson deja claro, los políticos estadounidenses de la época veían a Mussolini como una figura atractiva; estudiaron el fascismo como modelo de organización, y el Congreso y el presidente incluso concedieron a Balbo la Cruz Distinguida de Aviación. Roosevelt y el Congreso tomaron además —como los líderes de otras democracias liberales occidentales— medidas activas para impedir el flujo de armas a los republicanos españoles, ayudando a que España cayese en manos de Franco. Hay muy pocas pruebas, en resumen, del supuesto temor a las amenazas procedentes de la categoría genérica de las «dictaduras», probablemente porque los regímenes fascistas, lejos de amenazar los intereses estadounidenses, fueron en general compatibles con ellos hasta finales de la década de 1930.

El retrato que Katznelson ofrece de la Segunda Guerra Mundial como una lucha por «extender el bienestar de la democracia liberal por todo el planeta» y la descripción que hace del Estado de seguridad nacional que emergió en la década de 1940 como un «Estado cruzado que hizo campaña —prácticamente sin límites— en nombre de la democracia liberal» tampoco se acomodan demasiado bien a los hechos. Las sutilezas constitucionales,

como muestra claramente el registro histórico, estuvieron siempre subordinadas a las consideraciones económicas allí donde ambas entraban en conflicto. Siempre que la democracia amenazaba con plantear un serio reto a la propiedad privada —como en España en 1936, en Grecia en 1945 o en Italia en 1948— Estados Unidos la debilitó activamente.

La imagen que *Fear Itself* ofrece de la posición geopolítica de Estados Unidos a mediados de siglo no es por lo tanto convincente. Durante todo el periodo analizado, Estados Unidos nunca afrontó una verdadera amenaza en su territorio. Incluso el ataque japonés contra Pearl Harbour, cuyo arquitecto comprendió de inmediato que era un desastre para el Imperio, fue, de hecho, un movimiento defensivo desesperado provocado por el embargo de petróleo estadounidense; el ataque estaba pensado para crear las condiciones que permitiesen avanzar por el Sudeste asiático en busca de materias primas. También es muy debatible que Hitler hubiese ambicionado alguna vez atacar Estados Unidos. Por otro lado, como pronto quedó claro, las armas nucleares nunca habrían podido usarse de manera estratégica una vez roto el monopolio estadounidense. La idea de que Estados Unidos era una ciudadela demócrata liberal sitiada no es convincente.

Si los datos históricos son claramente inequívocos respecto a la ausencia de amenazas internacionales contra la democracia liberal estadounidense, ¿qué podemos decir de las internas? Son incluso más nebulosas en la explicación de Katznelson. La analogía de partida que establece entre Balbo, Nikitchenko y Bilbo es una prestidigitación retórica, y da la impresión de que los políticos sureños constituían una amenaza autoritaria interna, análoga de alguna forma al fascismo italiano y el comunismo soviético, en lugar de ser un componente constitutivo del bloque de poder estadounidense. El libro esboza también los absurdos coqueteos de Charles Lindbergh con las potencias fascistas y luego intenta, de manera poco verosímil, presentar el posterior populismo sureño de Huey Long, Strom Thrumond y George Wallace como un movimiento político con «cierto parecido al fascismo europeo», mostrando de nuevo la influencia de Hofstadter. Pero la única prueba de esta similitud que aporta Katznelson es que estos hombres intentaban movilizar a los agricultores blancos pobres, recriminaban con dureza a sus opositores políticos y criticaban a Wall Street. Es difícil ver en qué suponía esto una amenaza contra la democracia liberal de Estados Unidos. El hecho claro es que el país carecía prácticamente de las condiciones previas necesarias para el fascismo, y no digamos para el comunismo. No afrontó ninguna amenaza revolucionaria desde la izquierda ni una enorme masa de veteranos de guerra desmovilizados, y no vio frustradas sus ambiciones imperiales. Quizá lo más importante fuese que los intereses de todos los segmentos principales de su elite social estaban profundamente engranados con la conservación, no con la transformación, de las relaciones constitucionales existentes. Al contrario que

el retrato que Katznelson hace del periodo, por lo tanto, no hubo en ningún momento entre 1933 y 1953 una amenaza discernible a la democracia liberal en Estados Unidos procedente de fuentes exteriores o internas.

La segunda gran «amenaza» que Katznelson analiza es la planteada al orden racista del Sur. La idea de que la política estadounidense estaba constreñida por una «jaula sureña» es atractiva en general, y la articulación que Katznelson hace de esta hipótesis es, como he señalado, valiosa. Pero *Fear Itself* va un paso más allá al afirmar que la creciente oposición al *New Deal* entre los políticos del Sur estaba motivada principalmente por el deseo de defender el predominio blanco. Katznelson sostiene, por ejemplo, que la resistencia sureña a la inclusión de criadas y jornaleros agrarios en la *Social Security Act* y a que se les concediesen las protecciones establecidas en la *National Labor Relations Act*, era un intento de defender los «dispositivos raciales» del Sur. Argumenta que las excepciones regionales a la *Fair Labor Standards Act* «demostraban claramente los peligros que el *New Deal* afrontaba cuando se atrevía a ir más allá de lo tolerado por el Sur blanco, en especial cuando empezaban a aumentar los ataques contra el sistema racial, generando ansiedades raciales en los blancos». Interpreta que la oposición sureña al establecimiento del Servicio de Empleo Estadounidense (USES) se debió a tener «de las consecuencias que el control de la Administración federal sobre la política laboral tendría para las relaciones raciales». De la Administración para la Recuperación Nacional (NRA) afirma que «enfrentados a una serie de ataques nuevos contra su orden racial, los demócratas del Sur se mostraron cada vez más reacios a permitir esfuerzos como la NRA, que aumentaban el poder económico y reducían la autonomía regional». Más en general, sugiere que los representantes sureños «lograron confinar las políticas sobre el capitalismo y el trabajo a las limitadas opciones congruentes con sus preferencias raciales».

Katznelson considera el énfasis en el orden racial del Sur como una de sus aportaciones más distintivas. Sugiere que, al centrarse en los indicadores económicos, los estudiosos han ocultado desde la década de 1930 el trato dado a los negros en la región. Describiendo un informe de 1938 sobre la pobreza en el Sur, escribe que «era un documento atractivo pero profundamente engañoso. Sin excepción, todos estos datos agrupaban a negros y blancos. El informe no hacía mención alguna de la segregación». La fuerza de este punto de vista parecería obvia. ¿Quién podría rebatir la idea de que los demócratas del Sur eran racistas, y de que esto supuso una enorme restricción a los posibles logros del *New Deal*? No obstante, la afirmación que Katznelson hace de que la principal motivación para esta resistencia fue el apoyo a un orden racial específicamente *sureño* puede investigarse en dos planos: primeramente, en su análisis del Sur, y segundo, en su análisis del *New Deal*.

La afirmación de que el Sur estadounidense era y es claramente racista es una de las grandes ideas fijas de los intelectuales de la costa. Pero Du

Bois conocido por su excepticismo, por ejemplo, publicó en *The New York Times* en 1901 una serie de artículos titulada “The Black North” indicando que «el problema de los negros no es propiedad exclusiva del Sur». De hecho, como señalaba C. Vann Woodward en 1955 en *The Strange Career of Jim Crow* —un texto que Martin Luther King consideraba «la biblia histórica del movimiento por los derechos civiles»—, la segregación residencial y la privación de derechos políticos, quizá los principales rasgos de las leyes Jim Crow, surgieron primero en las ciudades del Norte en el periodo jacksoniano, y no caracterizaron al Sur hasta mucho después de terminado el periodo de la Reconstrucción. Incluso el linchamiento distaba mucho de constituir una práctica peculiarmente sureña, como muestran las pruebas aportadas por el propio Katznelson: entre 1900 y 1930, más de setecientos linchamientos —más de un tercio del total— tuvieron lugar fuera de la región. Como dos historiadores británicos, Desmond King y Stephen Tuck, demostraron de hecho en un importante artículo publicado en *Past and Present* en 2007, entre 1889 y 1918 la probabilidad de ser linchado era más elevada en los estados occidentales de Wyoming, Oregón y Nuevo México que en cualquiera de los estados de la antigua Confederación. Aunque Katznelson cita este artículo y lo describe como «una excelente evaluación de las relaciones raciales nacionales», no parece captar lo que implica para sus afirmaciones respecto al Sur.

Lo específico del Sur podría decirse que no era su «orden racial», sino de qué modo esta estructura, que tenía un alcance nacional, se interrelacionaba con la historia y la estructura agrícola tan específicas de la región. Tras la Guerra Civil, en el Sur estadounidense predominaba la aparcería en cultivos comerciales como el algodón y el tabaco. A finales del siglo XIX, este orden agrario se vio amenazado por una revuelta de clase desde abajo, conocida como Populismo, que creó una alianza interracial. El sistema segregacionista emergió en el Sur a finales de la década de 1890 precisamente como reacción a esta amenaza. Como legislación diseñada para dividir y debilitar el Populismo, iba dirigida principalmente tanto contra blancos pobres como contra negros. De hecho, podría decirse, como señala el propio Katznelson, que los impuestos de capitación impedían votar a más blancos pobres que a negros.

Esta historia resulta ser muy importante para entender la «amenaza» invocada por Katznelson. Porque, como deja claro una cuidadosa lectura de las pruebas presentadas en *Fear Itself*, el control de la fuerza de trabajo, no la «preferencia racial», fue la razón por la que los legisladores sureños empezaron a oponerse al *New Deal*. El enfoque racial de Katznelson oscurece este punto fundamental, como revela el tratamiento que da a documentos clave. El primero hace referencia a observaciones introducidas en el Registro del Congreso por Ezequiel Gathings, representante por Arkansas, en 1946. Katznelson introduce la prueba afirmando que «lo que más preocupaba a

los miembros del Sur era que las nuevas competencias federales después de devolver las oficinas de empleo a los estados cambiasen la situación racial». Lo que Gathings dijo, de hecho, sin embargo, en este debate de posguerra fue: «No hemos olvidado que nuestra mano de obra ha sido apartada de las secciones agrícolas del país y trasplantada en las áreas metropolitanas, dejando las granjas vacías y una inadecuada oferta de mano de obra para recoger las cosechas». No se menciona la raza, pero sí hay una clara preocupación por controlar a los trabajadores.

Otro ejemplo se ofrece poco después de este cuando, en un párrafo dedicado a los debates sobre el USES en 1948, Katznelson escribe lo siguiente:

Mientras el Senado volvía a debatir un plan para transferir la administración de la prestación por desempleo al Departamento de Trabajo en marzo de 1948, la Asociación de Fabricantes de Texas y la Cámara de Comercio de Carolina del Sur presionaron con vehemencia para oponerse a la ley, por considerarla un ataque a la capacidad del Sur para discriminar de acuerdo con la raza. Titulada «Noticias y opiniones sobre legislación: Acción requerida si se quiere evitar la FEPC [Comisión sobre Prácticas de Empleo Justas] por defecto. Aquí se dice cómo», la carta, anotada en el Registro del Congreso, afirmaba que «el permanente control supervisor sobre la prestación de desempleo y sobre las funciones del servicio de empleo de los 48 estados» por parte del Departamento de Trabajo «significará el sometimiento de los sistemas estatales a aplicar, de manera indirecta pero no obstante efectiva, las políticas de la FEPC a las competencias de establecimiento de normas y de control de los recursos económicos puestos en manos del secretario de Trabajo».

De nuevo, como en las pruebas tomadas de Gathings, el documento citado por Katznelson no menciona de hecho la capacidad para discriminar basándose en la raza, aunque esto pueda inferirse indirectamente de la expresión «políticas de la FEPC». Lo que está más obviamente en juego es la capacidad de los empresarios del Sur para determinar en qué condiciones contratarán a sus trabajadores. El entrelazamiento exacto de raza y clase en el Sur del *New Deal* es, por supuesto, un problema complejo que excede con creces los límites de esta reseña. Pero aparte de la forzada interpretación de estos dos documentos, la exposición de Katznelson no permite concluir que la amenaza al orden racial del Sur era la principal preocupación de sus políticos. Lo que los documentos citados en *Fear Itself* sí demuestran es que los políticos sureños eran perfectamente conscientes del riesgo que las políticas del *New Deal* suponían para los patrones establecidos de control de los trabajadores.

La afirmación hecha por Katznelson de que el orden racial del Sur estaba amenazado puede ponerse en duda por otra razón: y es que no hay pruebas sustanciales de que el gobierno de Roosevelt llegase a tener un serio programa de derechos civiles, aparte de un par de intentos débiles de aprobar una ley contra los linchamientos. Es anacrónico tratar el *New Deal* como predecesor en sentido alguno del Movimiento por los Derechos Civiles. Esto

resulta obvio al examinar la legislación en cuestión: los sureños se resistieron a la Ley de Condiciones de Trabajo Justas, lucharon contra el Consejo Nacional de Relaciones de Trabajo, y se movilizaron con los republicanos del Norte para aniquilar la Ley Wagner con la Taft-Hartley. Tanto las declaraciones registradas de políticos del Sur que reaccionaron explícitamente a la legislación de las décadas de 1930 y 1940 como el contenido de esos esfuerzos legislativos indican, en resumen, que los legisladores sureños respondían a una amenaza contra el patrón regional de relaciones de clase, no contra el «orden racial» propiamente dicho.

Fear Itself no consigue, por lo tanto, demostrar las dos afirmaciones clave sobre las que descansa el argumento: que había amenazas graves, internas e internacionales, contra la democracia liberal de Estados Unidos, y que había fuertes retos al «orden racial sureño». ¿Pero había otros peligros presentes? Los desafíos internos e internacionales a los intereses de los grandes propietarios estaban ciertamente entre los primeros de la lista. Katznelson reconoce que salvar al capitalismo –y aquí podríamos añadir que la elite agraria del Sur no era plenamente capitalista– fue una de las principales tareas que el *New Deal* se impuso a sí mismo. Pero subestima lo importante que este imperativo fue en la detección de amenazas externas e internas. La cuestión está quizá más clara en el ámbito geopolítico. A este respecto, lo más llamativo acerca de la actitud política exterior de Estados Unidos en el periodo transcurrido entre 1933 y 1953 es la constante subordinación de todas las demás preocupaciones al impulso de garantizar los intereses internacionales de la clase dominante estadounidense, tanto en su rama industrial como en la agraria. La selección del momento para llamar a la intervención en el conflicto europeo demuestra con claridad lo siguiente: como el propio Katznelson describe de manera persuasiva, el bloque intervencionista liderado por el Sur no emergió hasta 1938-1939, cuando la dominación de Hitler sobre el continente empezó a amenazar los mercados de tabaco y algodón del Sur. Ni el hundimiento de la democracia en España ni la invasión de Etiopía suscitaron muchas reacciones en Washington. De hecho, en contra de lo que afirma Katznelson, no parece que haya habido un interés demostrable por la defensa de la democracia en sí.

La alianza con la Unión Soviética durante la guerra encaja en gran medida en el mismo patrón general. Fue un recurso temporal, adoptado a sabiendas de que ampliaría la influencia de Stalin en Europa del Este. Katznelson sugiere que esta «dura elección» –un «pacto necesario» con el «diablo», en la terminología reaganista del autor– se realizó para «garantizarles un futuro a las democracias occidentales»; pero esto es difícil de creer porque, para repetir, una de las primeras operaciones de la recién creada CIA fue la de subvertir unas elecciones democráticas en Italia. Después de la guerra, en cualquier caso, Estados Unidos retomó enseguida una enérgica posición antisoviética

que ya había sido un puntal de su política exterior en la década de 1920. Katznelson no reconoce esto, parece en ocasiones que asigna la responsabilidad exclusiva de la Guerra Fría a la Unión Soviética, sin abordar siquiera la cuestión de las disensiones acerca de Alemania. La URSS, como es bien sabido, quería una «solución a la finlandesa», un Estado unificado pero neutral en medio de Europa; pero Estados Unidos insistió por el contrario en dividir el país, instaurando así la Guerra Fría y podría decirse que ampliando activamente en este proceso la estalinización de Europa del Este.

Nada de esto apunta a una política exterior modelada predominantemente por el objetivo de defender la democracia, aunque los regímenes democráticos liberales eran los preferidos, siempre que su conducta se acomodase a los intereses económicos estadounidenses. Asombra, de hecho, que un erudito de la estatura de Katznelson pase por alto aspectos tan obvios. Lo mismo puede decirse del tratamiento que hace de la política interior estadounidense. El espectro que persiguió los años del *New Deal*, a este respecto, no fue una amenaza totalitaria generalizada, sino, por el contrario, el temor de toda la clase dominante estadounidense a una renovada alianza populista, esta vez fortalecida por un proletariado industrial más combativo y maduro que el existente en la década de 1890. Con su avance organizador hacia el Sur, conocido como Operation Dixie, el CIO se convirtió en 1946 en un peligro real y presente. Fue esta alarmante perspectiva, no los espíritus diabólicos de Huey Long y George Wallace, la amenaza a la que el Gobierno de Roosevelt se enfrentó de hecho.

Si no hay muchas pruebas históricas de las dos amenazas principales detectadas por Katznelson, a la democracia liberal y al orden racial del Sur, ¿en qué queda el principal argumento del libro de que mantener el orden racial del Sur era necesario para conservar la democracia liberal? Dado que ninguno de los peligros era real, no es convincente enmarcar el periodo en una compensación entre ellos: no hubo un intercambio de justicia racial por democracia liberal, y el apoyo a las leyes segregacionistas y al Estado de seguridad nacional no fue en ningún sentido el «precio de la democracia». Sostener que lo fue, es promover el alarmismo conformista que constituye la cualidad distintiva del Partido Demócrata y sus diversos análogos europeos. La importancia del argumento de Katznelson en la actualidad está clara: al igual que el apoyo tácito a las leyes segregacionistas supuestamente permitió a Roosevelt frenar los peligros de Lindbergh y Long, también, *mutatis mutandis*, el programa de drones y la conculcación de los derechos civiles por parte de Obama puede justificarse como el precio que hay que pagar por aferrarse a la Casa Blanca y mantener a raya a los *enragés* del Tea Party; o, alternativamente, el apoyo pródigo a la tecnocracia europea puede presentarse como el último bastión contra una marea creciente (y principalmente imaginaria) de «extremismo de derechas». En todos estos casos, se

invoca una inflada amenaza derechista para mantener a raya a los críticos de izquierda y dignificar las medidas que la elite adopta para servirse a sí misma, presentándolas como sacrificios necesarios. *Fear Itself* nos proporciona así un relato complacientemente autoelogioso en su mensaje general de que el *New Deal* salvó a la democracia estadounidense, pero aceptablemente crítico en su condena a las concesiones raciales que lo acompañaron.

El *New Deal* se basó, por supuesto, en un compromiso, aunque no en el señalado por Katznelson. Su verdadera base fue la alianza de los intereses del sector industrial del noreste y las industrias del oeste que emergieron en la década de 1930 –que adquirieron más importancia cuando el sector financiero del este retiraron temporalmente su apoyo a la Casa Blanca– con los plantadores sureños. En resumen, aunque la aportación de los trabajadores organizados y de los granjeros occidentales no puede pasarse por alto, el *New Deal* –como la mayoría de los demás grandes giros políticos en Estados Unidos– fue predominantemente la expresión de las cambiantes alianzas dentro de la clase dominante. Para garantizar los intereses internos y geopolíticos de estos grupos, el Gobierno de Roosevelt hizo una serie de acomodos, incluido el de hacer la vista gorda ante el segregacionismo. Pero nada de esto tenía mucho que ver con la salvación de la democracia liberal, aunque las consecuencias negativas para la política popular en Estados Unidos parecerían difíciles de exagerar. Es hora, en todo caso, de romper con el mito de que Roosevelt salvó a la democracia estadounidense del fascismo o el totalitarismo, y rechazar la debilitadora política del temor que representa.